

LIBRO DIEZ Y SIETE.

Reaccion.—El directorio de Paris suspende á Petion.—Indignacion del ejército.—Llegada de Lafayette á Paris.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Danton.—Planes de Lafayette sin resultado.—Relaciones entre la corte y los girondinos.—Guadet va secretamente á las Tullerías.—Su enternecimiento.

I

La corte estaba temblando desde que supo la venida de los marseleses, porque para su defensa no contaba con otra cosa que con un fantasma de Constitucion en la Asamblea, y con la espada de Lafayette en las fronteras. Los oradores constitucionales Vaublanc, Ramond, Girardin y Becquet, aunque tan elocuentes como los de la Gironda, no tenian la influencia de éstos; limitábanse, pues, á defender artículo por artículo el impotente código que la nacion acababa de jurar, y el valor que manifestaban en tamaña crisis era el más hermoso y meritorio que puede darse, que es aquel que no tiene esperanza. Lafayette desafiaba con generosa intrepidez á los jacobinos en sus alocuciones al ejército y en sus oficios á la Asamblea; pero cuando un pueblo está armado, hace poco caso de frases pomposas, y la mejor elocuencia del general consiste en semejante caso en obrar. Lafayette hablaba como un dictador sin tener fuerza en que apoyarse, y el papel que queria desempeñar no podia serle conveniente hasta despues de haber obtenido la victoria. Así es que sus atrevidas acusaciones contra los jacobinos no produjeron otro resultado que algun aplauso en la Asamblea y la desdeñosa sonrisa de los mismos contra quienes se dirigian, que avisados de lo que contra ellos podia hacer Lafayette, se creyeron en el caso de tomarle la delantera. La insurreccion quedó resuelta, y girondinos, jacobinos y franciscanos se aunaron para llevarla á cabo en un sentido, si no decisivo, al ménos significativo y terrible para la corte.

II

Apénas habian vuelto á los arrabales las hordas de Santerre y de Danton, cuando ya se descubria una indignacion general en el pueblo de Paris, dispuesto á sublevarse. La guardia nacional, tan pusilánime el dia anterior, el vecindario, que tan indiferente habia permanecido, y aún la misma Asamblea, pasiva ó cómplice en el acontecimiento ántes que se verificase, y aún en el acto de verificarse, clamaban ahora á voz en grito contra los atentados del pueblo, contra la conducta de Petion, contra las ofensas hechas á la majestad y á la libertad en la persona del soberano constitucional, y sobre todo contra la impunidad que habia seguido á tan atroces atentados. El 21, todos los patios, el jardin y el vestíbulo de las Tulle-

rías estuvieron llenos de un gentío afligido y consternado, que tanto en sus acciones como en sus palabras manifestaba su deseo de vengar á la familia real de los ultrajes que el dia anterior se le habia hecho sufrir. Enseñábanse horrorizados unos á otros los destrozos hechos por los amotinados en los postigos, rejas y ventanas de palacio, y se preguntaban hasta dónde iria á parar una democracia que trataba de aquella suerte los poderes constituidos. Hablábase en todos los corrillos de las lágrimas de la reina, del terror de sus hijos, del sacrificio sobrenatural de madama Isabel y de la intrepidez y dignidad de Luis XVI. Jamás habia manifestado este príncipe ni volvió á manifestar en lo sucesivo tanta magnanimidad. Lo excesivo del insulto hizo aparecer en él el heroísmo de la resignacion, y si hasta entónces se habia dudado de su valor, el 20 de Junio se vió que era muy grande. El no haber conocido esto ántes consistia en que, siendo de un carácter tímido, necesitaba que lo extraordinario de las circunstancias le pusiese en el caso de dejarse ver con toda la dignidad que realmente tenia, y que era lo que convenia al alto rango en que le habia colocado la Providencia. A pesar de haber durado el peligro más de cinco horas, Luis habia visto sin inmutarse y á poca distancia de su pecho las picas ó los sables de cuarenta mil confederados, desplegando más energía y estando más expuesto en esta lenta revista de la sedicion que puede estarlo un general en jefe en diez batallas campales. El pueblo de Paris estaba muy penetrado de esto, y si ántes le compadecia, desde entónces admiraba ya á su soberano. Por todas partes se oian gritos reclamando venganza del insulto que se le habia hecho.

Más de veinte mil ciudadanos firmaron espontáneamente una peticion dirigida á las autoridades locales, en la que se pedia se hiciese justicia castigando á los perpetradores de tan horrorosos crímenes. La administracion departamental decidió que habia lugar á perseguir á los fautores del desórden, y la Asamblea decretó que cualquiera reunion que se armase en lo sucesivo so pretexto de peticion, fuese dispersada por la fuerza pública. Jacobinos y girondinos temblaron al ver estas disposiciones y callaron por aquel momento, limitándose á regocijarse en el secreto de sus conciliábulos de la humillacion que habian hecho sufrir al trono. Hasta las mujeres fueron insensibles, y el espíritu de partido hizo que, aunque madres y esposas, tuviesen la suficiente crueldad de corazon para no enternecerse ante el suplicio de una madre y de una esposa ultrajada. Madama Roland, hablando de lo que debia haber sufrido en aquella ocasion el orgullo de la reina, dijo: «¡Cuánto me hubiese alegrado de ver su larga humillacion y lo mucho que en ella habrá padecido su orgullo!» Estas expresiones eran un crimen de la política contra la naturaleza; crimen cruel que aquella mujer comprendió más tarde, cuando otras mujeres feroces, regocijándose de su martirio, iban palmoteando delante de la fatal carreta que la conducia al cadalso.

Petion publicó una justificacion de su conducta, que no sirvió sino para acriminarle mucho más. Al presentarse el 21 en las Tullerías acompañado de algunos individuos de ayuntamiento, se le hicieron mil desprecios acompañados de algunas amenazas. El batallon de las Hijas de Santo Tomas, compuesto de hombres adictos á la Constitucion, cargó los fusiles á su presencia, y la voz unánime de los ciudadanos acusó á su corregidor de complicidad en un crimen que le era conocido ántes de cometerse, y que en vez de evitarlo, habia contribuido á que se llevase á cabo por su lenidad y mala fe. Sergent, que iba acompañando á Petion, fué ata-

cado por un guardia nacional que le arrojó al suelo y le pisoteó en el patio de las Tullerías. El directorio de París suspendió al corregidor, y se hicieron varios preparativos de defensa alrededor de palacio contra otra nueva asonada que se anunciaba para aquella tarde. Tratóse de publicar la ley marcial y de desplegar la bandera encarnada; rumores que alarmaron á la Asamblea en la sesión de la tarde, en la que el diputado Guadet dijo que se quería renovar contra el pueblo la sangrienta jornada del Campo de Marte.

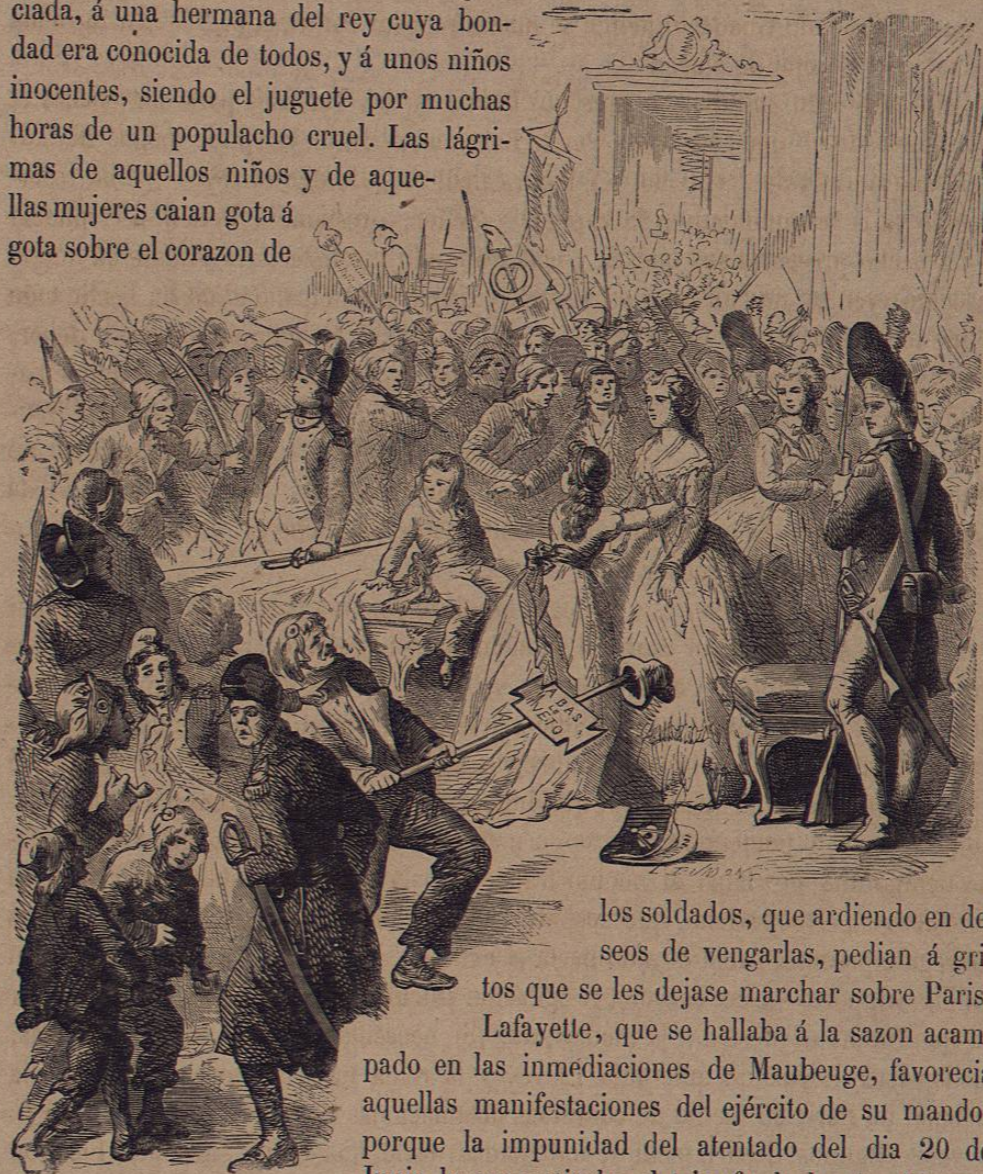
Mientras esto sucedía, se presentó Petion en las Tullerías para dar cuenta al rey del estado en que se hallaba París. La reina, al verle, no pudo ménos de lanzarle una mirada de desprecio. «Y bien, caballero,—le dijo el rey,—¿se ha restablecido ya la tranquilidad en la capital?» «Señor,—respondió Petion,—el pueblo os ha hecho presentes sus quejas, y está tranquilo y satisfecho.» «Confesad que lo acaecido ayer ha sido un gran escándalo, y que la municipalidad no ha hecho todo lo que debía hacer para evitarlo.» «La municipalidad ha cumplido con su deber, señor; la opinión pública la juzgará.» «Decid la nación entera.» «La municipalidad no teme su fallo.» «¿Cómo se halla París en este momento?» «Todo está tranquilo, señor.» «Es falso.» «¡Señor!...» «¡Callad!» «El magistrado del pueblo no tiene por qué callar cuando cumple con su deber y cuando dice la verdad.» «Está bien. ¡Retiraos!» «Señor, la municipalidad conoce sus deberes, y para cumplirlos no aguarda á que se le recuerden.»

Alarmada la reina con este diálogo, tan duro por una parte y tan insultante por la otra, dijo á Roederer en cuanto Petion hubo salido del cuarto: «¿No os parece que el rey ha obrado con cierta ligereza y acaloramiento, y que esto puede perjudicarle en el espíritu público?» «Nadie extrañará—contestó aquél—que el rey imponga silencio á un hombre que habla sin atender á razones.» El rey se dirigió oficialmente el 22 á la Asamblea, quejándose de los excesos de que había sido teatro su palacio, y poniendo su causa en manos de aquella corporación. Dió al mismo tiempo una proclama al pueblo francés, en la que manifestaba las violencias ejercidas por el populacho, que despues de haber derribado á hachazos las puertas del regio aposento, había llegado hasta el extremo de apuntar un cañon contra su familia. «Ignoro—decía con una resignacion calculada—adónde quieren ir á parar los que tratan de destruir la monarquía. ¡Si necesitan cometer un crimen más, pueden hacerlo cuando quieran!» El rey y la reina pasaron revista á la guardia nacional de París en medio de continuas aclamaciones de *¡Viva el rey! ¡Viva la nación!* Algunos departamentos, indignados de lo que había sucedido, hicieron presente al rey su adhesión; otros, por el contrario, felicitaron á los girondinos; de suerte que todo presagiaba una lucha inmediata y decisiva. No podía ménos de ser así, porque el rey no había cedido, y la sedición había defraudado las esperanzas, tanto de los que querían herir como de los que sólo trataban de intimidar. La jornada del 20 de Junio era demasiado para amenaza, y muy poco para atentado.

III

Estos acontecimientos en nadie habían influido tanto como en el ejército, cuyo jefe era el rey; de suerte que los ultrajes hechos á su persona los tenía aquél por propios, y le hacía estar dispuesto á insurreccionarse por defender al que recono-

cia por su suprema cabeza. Cuando se viola la autoridad soberana, todas las que le están subordinadas temen serlo también, sobre todo en un ejército como el francés, cuya segunda alma ha sido siempre el honor. Las noticias que recibía de París respecto á lo ocurrido el 20 de Junio circulaban por el campo, y las tropas no veían en ellas sino á una reina desgraciada, á una hermana del rey cuya bondad era conocida de todos, y á unos niños inocentes, siendo el juguete por muchas horas de un populacho cruel. Las lágrimas de aquellos niños y de aquellas mujeres caían gota á gota sobre el corazón de



Los insurrectos en las habitaciones de la reina.—Pág. 405.

los soldados, que ardiendo en deseos de vengarlas, pedían á gritos que se les dejase marchar sobre París.

Lafayette, que se hallaba á la sazón acampado en las inmediaciones de Maubeuge, favorecía aquellas manifestaciones del ejército de su mando, porque la impunidad del atentado del día 20 de Junio le pronosticaba el triunfo de los jacobinos y girondinos, haciéndole ver al propio tiempo que su influencia iba á quedar reducida á la nada. Entonces soñó en hacer generosamente el papel de Monk. Sostener á un rey á quien él mismo había abatido, le parecía una tentativa digna á la vez de su posición como jefe de partido y de su lealtad como soldado. Seguro de persuadir al débil Luckner, que estaba acantonado en Menin y en Courtray, Lafayette le hizo saber por medio de Bureau de Puzy la resolución que había adoptado de ir á París para atraerse á la guardia nacional y á la Asamblea, exterminar á los jacobinos y girondinos, y afianzar de este modo la Constitución. Luckner se estremeció al leer aquella comunicación, pero no usó de su autoridad de general en jefe para oponerse á las inten-

ciones de Lafayette. Militar inexperto, no comprendió que asintiendo tácitamente á las peticiones de su segundo, se hacía cómplice suyo. «Los *sans-culottes*—dijo á Bureau de Puzy—cortarán la cabeza á Lafayette. Que vaya con mucho cuidado, que es lo que más le interesa.»

Lafayette salió del campamento sin más compañía que un oficial de su confianza; llegó á Paris cuando nadie le esperaba; fué á apearse en casa de su amigo Mr. de Larochevoucauld, y al día siguiente se presentó en la barra de la Asamblea. Aquella noche, su amigo se puso de acuerdo con los constitucionales y con los principales jefes de la guardia nacional, y todos trabajaron para preparar la recepción que habian de hacer las tribunas al general cuando entrase al día siguiente en la Asamblea. En cuanto se presentó en ella, fué saludado con miles de aplausos, á los que los girondinos indignados contestaron con un murmullo producido por la sorpresa que les causaba aquel acontecimiento extraordinario. Acostumbrado el general á los gritos tumultuosos de las plazas y calles públicas, vió sin alterarse la imponente actitud de sus enemigos. Colocado por el paso atrevido que acababa de dar entre el supremo tribunal nacional de Orleans y el triunfo, era éste el momento crítico en que arriesgaba no tan sólo su poder, sino hasta su propia existencia. Hombre de corazón más intrépido que activo para dar un golpe de mano, ni siquiera se inmutó al ver la animosidad que contra él habia en la Asamblea.

«Señores,—dijo,—ante todas cosas, debo aseguraros que mi ejército no corre el menor peligro porque yo me haya separado de él para presentarme aquí. Se me ha echado en cara que cuando escribí mi comunicacion de 16 de Junio lo hice por hallarme rodeado de mi ejército; era, pues, un deber mio protestar contra esa timidez que se me imputaba gratuitamente, salir del honroso círculo de afectos formado por las tropas que me rodeaban, y presentarme solo ante vosotros. Otro motivo más poderoso me llamaba tambien aquí. Las violencias cometidas el 20 de Junio han excitado la indignacion y alarmado á todos los buenos ciudadanos, pero con más particularidad al ejército. En el mio no hay sino una sola opinion, tanto en la clase de oficiales como en la de tropa, y todos me han manifestado que, adictos á la Constitucion, odian al mismo tiempo á los facciosos. He desechado las justas quejas, y me he encargado yo solo de venir á manifestaros los sentimientos de todos. Voy á hablaros como buen ciudadano. Ya es tiempo de consolidar la Constitucion, de asegurar la libertad de la Asamblea nacional, y de hacer que se respete la del rey, así como su dignidad. Suplico, pues, á la Asamblea, en consecuencia de lo que llevo dicho, que ordene que los excesos del 20 de Junio sean castigados como crímenes de alta traicion; que tome medidas eficaces para hacer que se respeten todas las autoridades constituidas, y muy particularmente la suya y la del rey; y últimamente, que dé al ejército una seguridad de que la Constitucion no será violada en lo más mínimo en el interior en tanto que los bizarros ciudadanos de que se compone el ejército frances prodigan generosamente su sangre para defender nuestras fronteras.»

Estas palabras, oidas por los girondinos en medio de la convulsion de una ira reconcentrada, fueron aplaudidas por la mayoría de la Asamblea. Brissot y Robespierre veian detras de Lafayette á la guardia nacional y al ejército. La popularidad del general, que no era ya sino una sombra de lo que habia sido anteriormente, le protegía aún, sin embargo; mas en cuanto los girondinos, aterrados en el primer

momento, notaron que lo que queria hacer Lafayette no podia pasar del estado de amenaza, porque ni llevaba consigo bayonetas, ni habia tomado ninguna precaucion para sostener lo que acababa de manifestar, renació el valor en sus corazones. Entónces dejaron que aquel general sin soldados atravesase triunfante la sala y fuese á sentarse en el banco de los más humildes peticionarios. Al mismo tiempo tantearon el ascendiente que tenia sobre la Asamblea, para ver si era tal que pudiese infundir serios temores. «Desde el punto en que he visto al señor de Lafayette,—dijo irónicamente Guadet,—se me ha ocurrido la idea consoladora de que ya no teníamos enemigos exteriores, y he formado el siguiente silogismo: el general Lafayette está aquí; luego los austriacos han sido derrotados. Mi ilusion no ha durado mucho tiempo. Nuestros enemigos son siempre los mismos, nuestros peligros exteriores no han disminuido, y sin embargo, el señor de Lafayette está en Paris. Segun habeis visto, se ha constituido en órgano de los hombres de bien del ejército. ¿Quiénes son esos hombres de bien? ¿Cómo ha podido deliberar ese ejército? Pido que nos presente el general el permiso que ha tenido para hacerlo.»

El orador de la Gironda fué aplaudido. Ramond quiso contestar á Guadet, haciendo un elogio enfático de Lafayette, á quien llamó, entre otras cosas, el hijo primogénito de la revolucion y el hombre que habia sacrificado por ella su nobleza, sus bienes y hasta su propia vida. «¿Haceis, pues, su oracion fúnebre?»—gritó Saladin á Ramond. El jóven Ducos se levantó para declarar que la Asamblea no tenia suficiente libertad para deliberar hallándose en ella, como se hallaba, uno de los generales del ejército. Isnard, Morveau, Ducos y Guadet se agruparon en los escalones de la tribuna, y la voz *malvado* salió de uno de los bancos. Vergniaud dijo que, habiendo abandonado Mr. de Lafayette su puesto delante del enemigo, en razon á que á él y no á un mariscal de campo era á quien la nacion habia confiado el mando de un ejército, lo que era preciso averiguar era si lo habia hecho sin licencia ó con ella. Guadet insistió en su proposicion, y Gensonné pidió que el asunto se decidiese por votacion nominal. Esta dió una débil mayoría á los amigos de Lafayette, y la manifestacion de éste pasó á la comision de los Doce.

Hé aquí todo el triunfo que tuvo Lafayette con el arriesgado pasó que dió. Una intencion generosa, un acto de valor individual, buenas palabras, un voto y nada más. Sucedióle á Lafayette en esta ocasion lo que á los girondinos el 20 de Junio: ó se atrevió demasiado, ó harto poco. Amenazar sin herir, equivale en política á quedar descubierto, y nada se adelanta con esto sino poner de manifiesto la debilidad del que lo hace á los ojos de los que tal vez le creen aún con muchas fuerzas. Si Lafayette hubiese intentado en aquella ocasion dar un golpe de Estado en vez de un golpe parlamentario; si hubiese tenido á su devocion un regimiento y algunos batallones de la guardia nacional movilizada; si hubiese marchado á la cabeza de estas fuerzas contra los jacobinos y hubiese cerrado sus clubs, dirigiéndose en seguida á la Asamblea en medio de los aplausos de los ciudadanos; si hubiese hecho preparar por sus amigos una mocion que le diese la dictadura militar de Paris, y con ella la responsabilidad de la Constitucion y el encargo de atender á la seguridad de la Asamblea y del rey, quizá hubiese podido acabar con los facciosos. Su imprudente conducta no sirvió sino para irritarlos más.

La Asamblea continuó su sesion, y Lafayette salió de allí para ir á palacio á ver al rey, sin haber conseguido otra cosa con su arrojo que un insignificante pal-

moteo y algunas sonrisas irónicas ó amigas. Cuando llegó á palacio estaba reunida la familia real, y fué recibido por el rey y la reina con todo el reconocimiento debido á su adhesión, pero con el sentimiento de la inutilidad del paso dado. Llegóse á temer que éste pudiese excitar otra nueva conmoción. Lafayette en esta circunstancia arriesgó no tan solamente su vida, sino también su popularidad. La reina entre tanto buscaba su salvación en una esfera más baja, porque entre los facciosos subalternos no faltaron otros nuevos Mirabeau, dispuestos á transigir con la monarquía, haciéndose pagar su defección á peso de oro. El de la lista civil circulaba profusamente en los clubs y en los arrabales. Danton, que dirigía con una mano á la juventud y al club de los Franciscanos, protegía con la otra las tramas secretas de la corte. Hombre temible para la una, hasta el extremo de que ésta comprase su connivencia, daba suelta al mismo tiempo á los otros para que confiaran en su demagogia, y haciendo traición á todos, se complacía al ver el doble poder de que estaba revestido, debido únicamente á su doble inmoralidad. De aquí aquellas terribles palabras de Danton que explican tan perfectamente la doble alternativa de su situación: «O salvaré al rey, ó le mataré».

La reina hizo avisar á Danton aquella noche que Lafayette, acompañado del rey, se proponía pasar una revista al día siguiente á los batallones de la guardia nacional mandados por Aclouque, arengándolos al propio tiempo é incitándolos á sublevarse contra la Gironda y los clubs. Danton avisó en seguida á Petion de lo que pasaba, y éste revocó la orden que había dado para la revista antes de que amaneciese. Lafayette pasó aquella noche en su palacio, custodiado por un destacamento de la guardia nacional; y afligido al ver que su plan había fracasado, emprendió su marcha para el ejército al día siguiente, aunque sin cejar en su propósito de atemorizar á los jacobinos y afianzar el trono constitucional. Desde luego, trató de conseguir por medio de comunicaciones lo que no había podido lograr estando en Paris, y al marcharse remitió una á la Asamblea en que al mismo tiempo que amenazaba enérgicamente á los facciosos, les daba consejos saludables y lecciones asaz osadas. No consintiendo los golpes de Estado de este hombre sino en comunicaciones que quedaban sobre la mesa del Congreso, se frustraban como era natural, porque únicamente con la espada en la mano es como un general puede hacerse temer de las facciones, de las cuales no se obtiene nunca otra cosa que lo que se les arranca con la punta de las bayonetas. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet oyeron la lectura de aquel documento dictatorial con la sonrisa del desprecio.

IV

Este viaje de Lafayette á Paris fué la única tentativa que hizo en toda su vida política para apoderarse de la dictadura. Su idea era generosa, grave el peligro á que se exponía, y nulos sus medios para llevarla á cabo. Viendo Lafayette lo mal que le había salido su intentona, trató de valerse de otros medios para salvar al rey y hacerle salir de incógnito de aquel mismo palacio donde había sido su *carcelero oficial* por espacio de dos años. Aunque éste fué desde entonces el único pensamiento que le agitaba, el plan que había concebido para salir con su intento era en un todo conforme al carácter de Lafayette. Consistía éste en mantener el equilibrio entre el pueblo y el rey, de suerte que ambas cosas se sostuviesen mu-

tuamente, para de este modo mantener una verdadera libertad entre los partidos. Ya hacía mucho tiempo que Mirabeau había vaticinado que ésta sería la política que siguiese su rival. «Desconfiad de Lafayette,—había dicho á la reina en una de las conferencias últimas que tuvo con aquella princesa;—si llega algún día á mandar el ejército, querrá guardar al rey en su tienda de campaña.» Lafayette por su parte no ocultaba aquella ambición de declararse y ser el protector de



Rouget de Lisle.

Luis XVI para poder dominarle á su sabor, y que no fuese en sus manos sino un instrumento que sirviese á engrandecerle. En la misma época en que se decidía á salvar la persona del rey, escribía á su confidente Lacombe las siguientes palabras: «En punto á libertad, no me fio del rey ni de nadie; y si él quisiese *echarlas de soberano*, me batiría contra él como en el año de 89. A no hacerlo así, daría motivo á que se hablase de mí con razón».

Entonces propuso al rey dos planes distintos para sacarle de Paris con toda su familia y llevárselo al ejército. El primero debía llevarse á cabo el día del aniversario de la confederación, que era el 14 de Julio. Según este plan, Lafayette volvería á Paris acompañado de Luckner, y ambos generales pondrían al lado del rey aquellas tropas que les inspirasen más confianza. Lafayette arengaría entonces